

LOS RITMOS POPULARES

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Los pasos del folklore colombiano

Cuando el autor inspirado en ritmos folklóricos logra difundir su obra entre el pueblo, aparece el arte popular. Gracias a televisión y a la radio, al desarrollo de las orquestas, a la industria del disco y otros medios de divulgación, de unos años para acá ha comenzado a incrementarse la producción de piezas musicales colombianas que toman su inspiración en el riquísimo folklore del país. Insignes maestros, Uribe Holguín, Antonio María Valencia, Marín Vieco, Adolfo Mejía y otros, han sabido recoger la tonada y el sentimiento popular, elevándolos al plano de la creación artística, sin hacerles perder su carácter elemental.

El surgimiento que ha tenido la orquestación de esos mismos aires, les permite viajar más allá del país, dando a conocer el espíritu del habitante de los Andes, del inspirado morador de nuestras vertientes y la alegría desbordada de los costaneros y ribereños. Morales Pino, Oriol Rangel, Lucho Bermúdez, Alex Tovar, Pacho Galán, y podríamos agregar lista interminable, son nombres entrelazados al sentir del colombiano. Y los intérpretes de sus canciones, Matilde Díaz, Carlos Julio Ramírez, Garzón y Collazos, Los tolimeses y tantos más, representativos exponentes de los cantares populares.

Entre los ritmos que más se han beneficiado de esta floración popular, podemos mencionar el bambuco, la güabina, el porro, los paseos vallenatos, el currulao, la cumbia, el merengue y el merecumbé. Este último, según confesión de su afortunado creador, recoge la savia nutricia de los dos aires folklóricos que le preceden en la lista mencionada. Desafortunadamente muchos de ellos, todavía no tienen a brillantes intérpretes, lo que no les permite mayor depuración. No todo se debe a lo desafortunado en la interpretación, pues muchas veces hemos oído que magníficos cantantes y compositores, llevados por el mal gusto de las casas grabadoras, hacen demasiadas concesiones en las letras y efectos musicales, que lejos de exaltar el agua clara que brota de las canteras populares, la ridiculizan y afean.

Existe una zona entre lo eminentemente folklórico y lo popular de muy difícil demarcación. A ella contribuyen los medios de divulgación, en primer término la radio, que popularizan nombres de autores que en otras épocas habrían quedado en el honroso anonimato de la creación fol-

klórica. Grandes talentos musicales innatos, que desconocen ya no la escritura musical, sino que ignoran la ejecución de un instrumento y en su mayoría el alfabeto, son relevados a la categoría de compositores populares por el solo hecho de que su nombre, con justísimas razones, queda estampado en los discos. Suele suceder muchas veces, y las mismas letras de esos discos así lo proclaman, que el verdadero autor es suplantado, o en el mejor de los casos, se trata de la simple oportunidad de un músico de grabar como suyo una tonada que ha sido antiquísima creación anónima. Para nosotros, muchas de estas pretendidas inspiraciones personificadas, son y continuarán siendo patrimonio del anónimo pueblo.

No acontece así cuando el compositor es un artista de estudio, que recoge la tonada tradicional para enriquecerla con el aporte de sus conocimientos musicales y la huella indeleble de su inspiración. Es el caso, digamos, del famoso "Gavilán" de Emilio Murillo. Antiquísima y descalza andurreaba la tonada en los labios del juglar y del enamorado, hasta el día en que su talento supo estructurarla con la orquestación y ofrecerla como joya delicadísima de nuestra alma popular. Muy afortunado en esta creación es el joven maestro Antonio Peñaloza, quien mirando hacia adentro de su caudaloso ancestro costeño, investigando las expresiones musicales de su pueblo, ha sabido orquestar muchas de estas tonadillas que apenas vivían en el silbido de un campesino camino a su roza sobre su borrico o en las rememoradas canciones de una abuela. Uno de sus más conocidísimos aciertos, "Te Olvidé", fue inspirado en un ritmo folklórico, el Chandé, hasta entonces desconocido en la fuente popular.

Nos brota espontáneo el nombre del bachiller Rafael Escalona, cuya inagotable inspiración le ha convertido —él que no conoce la escritura musical ni ejecuta instrumento alguno— en el más representativo y, tal vez el único, compositor popular de vallenatos. Une Escalona a su talento musical la vena poética. Y es aquí donde su arte adquiere difícil clasificación, pues si no dudamos en rescatarlo del anonimato por la fuerza de su originalidad, se nos confunde con el pueblo gracias a su copla fresca y sencilla que hace recordar a Antonio Machado.

No queremos marginar de estas notas la dolorosa tragedia de nuestro folklore que todos los días ve morir bailes y cantos debido a la incuria de nuestros organismos culturales, que todavía no disponen de los elementos necesarios para la defensa y conservación de las variadas expresiones artísticas del pueblo. Muchos de los ritmos llamados populares han llegado a perder su fisonomía folklórica, debido a esta indolente conducta, como sucedió con el porro, el mapalé, el merengue y el mismo paseo vallenato, cuyas coreografías desaparecieron, quedándonos tan solo la estructuración musical que apenas sirve para bailararlo en pareja, atenidos tan solo a su ritmo. Es indudable que estos aires tuvieron inicialmente sus pautas coreográficas, como puede apreciarse fácilmente en la descripción que trae Tomás Carrasquilla en la "Marquesa de Yolombó" del Mapalé, cuando hoy ni siquiera se recuerdan sus pasos en cuadrillas y sus hachones encendidos.